

**OPINIÓN PÚBLICA Y RAZÓN PÚBLICA:
LA EDUCACIÓN CÍVICA
(Transcripción)**

Por Fernando Savater

Catedrático de Ética y Filosofía Política,

Universidad Complutense de Madrid

PRESENTADOR (Rafael del Águila): Buenos días a todos. Mi nombre es Rafael del Águila y soy el coordinador general de estas Jornadas. Y me toca la grata tarea de presentar a Fernando Savater, pero voy a tomarme dos minutos para agradecer a la Fundación Giménez Abad, en primer lugar, y a las Cortes de Aragón la posibilidad de estar aquí, haber hecho posibles estas II Jornadas, y a todos ustedes (participantes, ponentes, comunicantes, asistentes) por habernos acompañado hoy -y espero que también mañana- y tener –eso esperamos todos- debates enriquecedores respecto del tema que a todos nos preocupa.

También quiero agradecer muy especialmente a los dos coordinadores, Sebastián Escámez y José Tudela, su ayuda y colaboración, sin la cual no hubiera sido posible esta reunión.

Anunciar, igualmente, que las ponencias de las I Jornadas están en proceso de publicación y que esperamos poder enviarlas aquí a las Cortes..., bueno, cuanto antes.

Y paso a presentar a Fernando Savater, que como ustedes saben no necesita en absoluto de mi presentación. Ustedes saben que además de ser un

ensayista y un profesor universitario y un intelectual de primer nivel -yo diría que es el ejemplo de intelectual, si no fuera porque conozco a los intelectuales y esto no es muy bueno para su salud mental posterior, ¿no?-, los cierto es que además de haber escrito sobre temas relacionados directamente con la educación cívica (*La Ética para Amador*, o *El valor de educar*) y de tener multitud de galardones y de publicaciones en la misma línea, dirige, co-dirige, con Javier Pradera la revista *Claves de Razón Práctica* y es un intelectual implicado, buen conocedor de la educación cívica no sólo desde el punto de vista teórico sino de la práctica política.

Yo diría que uno de sus componentes educativos más claros, si me lo permite él, es el poder del ejemplo, del ejemplo que en muchas ocasiones nos ha dado de cómo hay que intervenir en política y de cómo podemos tratar de educarnos mutuamente en democracia.

Y, sin más, tiene la palabra Fernando Savater.

FERNANDO SAVATER: Bueno, muchas gracias y buenos días, queridas amigas, queridos amigos. Desde luego, en primer lugar, agradecer a mi amigo Rafael del Águila, el organizador de estas Jornadas, el haber pensado en mí nada menos que para estar aquí inaugurándolas, y a la Fundación Giménez Abad porque ya en otras ocasiones ha querido que yo estuviera aquí con ustedes en Zaragoza.

Bueno, el tema yo supongo que se va a tratar en muchos aspectos y de muchas maneras: yo voy a intentar hacer una aproximación genérica –ya saben ustedes que los filósofos somos un poco especialistas en generalidades; entonces yo voy a intentar atenerme a ese papel-, pero también diciendo algunas cosas que puedan dar pie a una discusión: a mí lo que me parece interesante en estos casos es que podamos discutir, ya que estamos todos aquí en vivo y en directo. Ya tenemos la televisión para escuchar sin contestar:

ahora que estamos aquí todos, yo creo que lo interesante es que podamos hablar y decirnos cosas unos a otros.

La educación para la ciudadanía, la educación cívica, esta asignatura que estamos perfilando y que, evidentemente, no saldrá probablemente perfecta desde el primer momento. Yo no creo que vaya a salir como Atenea ya con todas sus armas desde la cabeza de Zeus, sino que lógicamente tendrá que ir forjándose y tendremos que ir viendo sus aspectos mejores y peores. Y hay una tendencia en unos casos a dejarla reducida a casi nada, esa famosa transversalidad (que ya saben ustedes que las asignaturas, cuando uno quiere quitárselas de encima las convierte en transversales; entonces, ya, la Ética, la Educación para la Ciudadanía desaparecen, porque naturalmente todo el mundo sabe que bastante tienen los profesores con dar la asignatura suya tal como la tienen que dar para encima ocuparse del “ramalazo” transversal de otra que les pase de vez en cuando por el aula).

Entonces, en la una los que quieren minimizar -y de alguna forma semiborrar- la asignatura de Educación para la Ciudadanía, la transversalizan, y luego hay otras personas muy bien intencionadas que la van cargando cada vez más y congestionando cada vez más (de temas, y de posibilidades, y de cosas que discutir, que decir, etcétera, etcétera), como si fuera una especie ya de enciclopedia de todo lo que debe saber el ser humano y que pueda resolver todos nuestros problemas y perplejidades –lo cual tampoco es el caso; sobre todo cuando, según parece, va a tener un número de horas extraordinariamente reducido al cabo de la semana, vamos, no sé si una hora en el mejor de los casos, u hora y media, de modo que con eso ustedes comprenderán que el número de materias que se van a poder dar es reducido-.

Entonces, yo creo que habrá que tener -en principio, al menos- la idea de ir a buscar algunas cosas esenciales.

A mí me parece que uno de los problemas que tiene la asignatura en sí es la tendencia en nuestra época... Yo creo que vivimos una época muy “antiteórica”, es decir, todo lo teórico es sospechoso -es sospechoso, porque hay que discutirlo, porque no está claro-, a lo que hay que ir es a lo práctico siempre: el ejemplo, la práctica. Entonces, el problema de la Educación para la Ciudadanía es que se convierta en una especie de urbanidad ciudadana, es decir, de prácticas que hay que tener y de cosas como comportarse, ayudar a los viejecitos a cruzar la calle, no pegar a los de color diferente. En fin, este tipo de cosas, que está bien, pero que lo interesante no es tanto esas recomendaciones como por qué hay que hacer esas cosas.

Los enemigos de la asignatura, de la Educación para la Ciudadanía, dicen que corre el peligro de ser, convertirse, en un adoctrinamiento. Bueno, no sé muy bien. Es decir, creo que toda educación tiene un componente doctrinal; evidentemente, la ética y todo. O sea, que escandalizarse porque los profesores adoctrinamos me parece que es una cosa de una hipocresía o un desconocimiento absoluto de la función educativa: naturalmente que uno quiere adoctrinar o tiene un elemento de adoctrinamiento en casi todas las materias y sobre todo en las humanísticas.

Yo creo que la parte mala del adoctrinamiento se supone que es enseñar cómo hay que hacer cosas sin explicar por qué hay que hacerlas así. Es decir, el adoctrinamiento precisamente es en lo que se puede incurrir si por miedo a lo teórico no se dan explicaciones de fundamento. Yo creo que es mucho más interesante explicarles a los jóvenes, a los neófitos, por qué hay que hacer determinadas cosas, en qué se fundan determinadas prácticas sociales, explicar esas prácticas, mucho más que recomendarles vehementemente que las sigan y que se porten bien. Ustedes comprenderán que todos los que hemos enseñado Ética durante años ni nos consideramos más morales que el resto de la gente ni suponemos que los alumnos después de escucharnos hablar de Kant van a salir y se van a comportar como santos.

O sea, quiero decir que todo eso es, digamos, desconocer la función intelectual de estas materias.

Estas materias lo que tienen que hacer es formar intelectualmente a las personas, y luego, si encima se convierten en excelentes ciudadanos mejor para ellos y para sus comunidades; y si no ¡qué le vamos a hacer! Pero al menos el profesor lo que tiene que hacer es mostrarles por qué las cosas deben ser de una manera determinada.

Piensen que los jóvenes están recibiendo todos los días información sobre que la sociedad no funciona como debe, y es verdad. Es decir, la sociedad está llena de injusticias, y de incoherencias, y de contradicciones graves, y de abusos, y de todas esas cosas que ustedes conocen. Y eso está llegando constantemente a los jóvenes, pero nadie les explica cómo debería funcionar y por qué debería funcionar y cómo funciona, a pesar de todos esos males, esta sociedad mejor que lo que hay en Arabia Saudita o en Cuba. Esto es lo importante y esto es lo que me parece fundamental transmitir como enseñanza.

Es decir, hay que explicar por qué estas cosas tienen unas razones, por qué la democracia tiene un fundamento más sólido y más comprensible y justificable que otras prácticas políticas, y por qué a pesar de sus deficiencias ésa es algo que merece la pena de ser defendido o sostenido frente a unos movimientos más deletéreos.

Esto sería lo válido para toda la asignatura de la educación cívica, o como ustedes quieran llamarla. En efecto, es muy probable que haya que tener alguna sección o algún momento dedicado fundamentalmente al tema de los medios de comunicación, de la opinión, de la formación de opinión, de las noticias, etcétera. ¿Por qué? Bueno, porque un ciudadano sin información no puede ejercer su ciudadanía, así de sencillo. O sea, hay dos elementos que

invalidan al ciudadano como tal -y esto no es un invento de hoy, sino que es una cosa que se remonta hasta la Grecia clásica, que fueron los que inventaron más o menos estas cosas-. Los dos elementos son la ignorancia y la miseria. Con ignorancia y con miseria no hay ciudadanía; eso es algo que hay que decir claramente.

Es decir, el ignorante no puede ser ciudadano porque desconoce cómo ejercer su función de director de la sociedad. Los ciudadanos son directores de la sociedad, es decir, por eso en democracia toda educación es educación de príncipes, estamos educando a los gobernantes. Aristóteles, en la *Política* decía: “antes de gobernar hay que haber sido gobernado”, “para poder llegar a gobernar hay que haber sido gobernado”, y se refería a la educación: la educación es la primera vez que somos gobernados para prepararnos a ser capaces de gobernar.

Por lo tanto, obviamente a cada uno de los ciudadanos hay que prepararlo para dirigir la sociedad, no para servir y para cumplir un papel laboral. En una democracia hay que formar a los dirigentes de la sociedad, que somos todos, y hay que educar a cada cual como si el destino de la sociedad dependiera de cada uno de esos ciudadanos, de las decisiones que va a tomar ese ciudadano. De ahí esta frase que dice en una de sus últimas obras John Kenneth Galbraith, que dice: “Las democracias actuales, todas las democracias actuales, viven bajo el temor permanente a la influencia de los ignorantes”. Claro, es el gran peligro, es decir, si los ignorantes tienen voto, si son más que los otros, apoyarán las medidas demagógicas, seguirán a los fanatismos xenófobos, imposibilitarán o bloquearán las medidas de solución política, etcétera, etcétera.

Naturalmente, la ignorancia a la que se refiere Galbraith no es la ignorancia en el sentido del que no sabe datos, del que no se acuerda muy bien de cómo es la función fanerógama de las plantas o dónde está situada

Tegucigalpa -que eso, la mayoría de nosotros somos muchísimo más ignorantes de cosas-. De las cuatro cosas que sabemos ignoramos millones, pero para eso están las enciclopedias, Google, la Wikipedia y todo lo demás.

Lo importante, la ignorancia a la que se refiere Galbraith, es la que imposibilita para hacer demandas inteligibles argumentadas a los demás, es la que imposibilita para comprender las demandas sociales inteligibles que otros nos hacen, la incapacidad de persuadir y de ser persuadidos, de comprender una argumentación, de entender un texto que vaya más allá de la página deportiva del periódico. Ésa es la ignorancia, porque esa ignorancia bloquea la función ciudadana; con esa ignorancia no podemos ejercer la ciudadanía. Quien no sabe argumentar, quien no comprende una exposición inteligible, quien de alguna forma, simplemente, se mueve de una manera totalmente organizada por simpatías o por antipatías, o por lo que se llamaba antes “pasiones”, cumplirá su función de ciudadano de una manera sumamente mala y peligrosa, sobre todo, para los demás. No es que sea mala para él: será peligrosa para los otros.

De modo que la educación ciudadana tiene que intentar vencer la ignorancia y vencer la miseria –bueno, la miseria, obviamente: ya incluso en la Grecia clásica, que como saben ustedes no era precisamente muy dada al Estado de bienestar, y sin embargo en la Grecia clásica ya se pagaba un óbolo, un estipendio, a los más pobres de la comunidad para que pudieran asistir a la *Bulé*, a la asamblea, porque si no, claro, comprendían que el que no tenía para comer no podía ir a la asamblea, y todo el mundo tenía que ir a la asamblea para que la *Bulé* fuera una voluntad realmente general-.

Entonces dejando aparte a la miseria, que es un grave problema... -y que hoy la miseria, como todos sabemos, es fundamentalmente también de carácter informativo-. Es decir, las grandes desigualdades entre los países, las grandes desigualdades entre los grupos ya no son por la posesión de tierras o

la posesión de recursos naturales, ni siquiera por la posesión, digamos, de recursos bancarios, sino que es la posesión de información. El que tiene información es el poderoso, en nuestra época: cuanta más información tiene es más poderoso, y las grandes diferencias son aquellos que tienen que recurrir a los demás para informarse y aquellos que son de los que informan de lo que quieren y como quieren a los demás; éstos son los poderosos.

De modo que digo que la información hoy es un elemento esencial en la formación también de nuestra concepción de un ciudadano capaz de ejercer sus funciones, porque la miseria informativa es también un bloqueo serio, y los países que no tienen prioridad en la información o que viven de información prestada tienen que vivir también colonizados por los otros.

Se ha dicho -y aquí mismo hace un momento, y con razón- que vivimos en una sociedad de “hiperinformación”. Es decir: los medios de comunicación nos dan una enorme sobredosis informativa, en la cual va todo mezclado, lo verdadero y lo falso, (...) lo trivial, etcétera, pero que antes no existían. Es decir, eso de que, cuando decimos: “estamos mal informados”, etcétera, antes no se (...) la gente conocía lo que pasaba en su barrio, en su aldea o se enteraba de lo que pasaba en el propio país, aproximadamente un mes o dos meses después, si es que era un acontecimiento muy importante. En las *Memorias de ultratumba*, Chateaubriand, que estaba enfermo con una especie de gripe, por la época de las guerras napoleónicas cayó enfermo en Bélgica, no muy lejos de Waterloo. El hombre estaba muy preocupado por qué habría pasado, cómo le habría ido a Napoleón. Cuando se puso bien salió a pasear por el campo, se encontró con un campesino, que estaba allí el hombre trabajando en el campo, y le preguntó: “¿Sabe usted algo, el emperador Napoleón..., ha pasado...?” El otro le dijo: “Mire usted, no le puedo decir, no tengo ni idea, yo... Ayer pasaron unos caballos por ahí, unos jinetes, pero no le sé decir, no creo...” Y estaba a kilómetro y medio del campo de Waterloo donde se había “celebrado”... o había

tenido lugar el día anterior una batalla que decidió por cien años el destino de Europa.

Hoy la habría retransmitido la CNN, la tendríamos todos en vídeo, en fin..., todas estas cosas, pero antes era así: antes la gente no sabía lo que había ocurrido a kilómetro y medio aunque hubiera sido una batalla como Waterloo. O sea, que verdaderamente el mundo, digamos, “hiperinformado” nuestro es una novedad radical, sobre todo, por ejemplo, en el terreno educativo.

Antes los niños eran inocentes (se decía “inocente como un niño”). ¿Qué quería decir “inocente”? Quiere decir no que no sabían las cosas, no que no sabían informaciones de geografía o de tal, sino que no sabían las verdades del sexo, de la muerte, de la ambición, de la política, etcétera, y entonces de todo eso se iban enterando gradualmente en la escuela, que les iba revelando poco a poco e iban allí enterándose de esas cosas. Eso hoy no ocurre, porque la televisión será buena o mala o regular, pero un niño desde que está viendo televisión, desde que ha nacido prácticamente, ha visto coitos, asesinatos, golpes de estado, etcétera, incluso antes de haber aprendido a leer y a escribir, con lo cual ya el problema de la información...

El otro día me comentaba una amiga mía que tiene una niña de cinco años y que la niña llegó y le dijo: “Mamá, cuando sea mayor yo no quiero tener niños”. Entonces la madre, ante este brote “neomalthusiano” se quedó un poco preocupada, y entonces le preguntó y vio que la niña acababa de ver un parto por televisión, y con un excelente sentido común había dicho que, ella, era una experiencia de la cual podía pasarse perfectamente.

Esto claro, el problema -ya no hay que decirlo- es qué hacemos con esas personas, con los niños que ya tienen un mundo de informaciones contrapuestas. La función de los maestros hoy ya no es informar, sino orientar

en la información. O sea, hoy la escuela tiene que convertirse en un elemento de orientación: de ahí el absurdo de insistir en que: “vamos a poner un ordenador, cada niño conectado a un ordenador, y con el Internet...” Pero todo eso es la información.

El problema de la educación es que a todo eso va a llegar, pero alguien tiene que orientarle, porque cuanta más información tenemos más imprescindible es orientarnos. Todos sabemos que hoy, por Internet, el noventa y cinco o noventa y seis por ciento de lo que corre es publicidad, simplemente publicidad. Publicidad de cosas buenas, útiles, malas, o atroces, terribles... lo que ustedes quieran, pero todo publicidad. Entonces, para una persona que está educada, Internet es un medio extraordinario, pues, para ponerse en contacto con otros expertos en filología semítica, para intercambiar información sobre la arqueología asiria, lo que sea, pero cuando ya estás educado y sabes lo que buscas; el que no sabe lo que busca se queda simplemente prendido en el infinito de la publicidad que se le ofrece.

De modo que la orientación hoy es precisamente lo fundamental en la información, es decir, tenemos que enseñar a orientarse en la información. El ciudadano de alguna manera tiene que orientarse en la información.

Se dice: “los medios de comunicación configuran la opinión pública”. Hanna Arendt distinguió entre la preocupación por la opinión pública, que ella decía que nace con la Revolución Francesa (como la *salut publique*, la *opinion publique*, en la Revolución Francesa), y luego el nacimiento en las democracias liberales de algo que es lo importante, que es la formación de una opinión personal, de una opinión personal fundada. Eso es lo importante.

La opinión pública es un embeleco, la opinión pública está formada de contagios entre errores, de manipulaciones, o de simplemente de ecos más o menos... A veces expresan algo sincero; otras veces simplemente expresan

algo magnificado, pero en el fondo eso no es lo importante: la opinión pública, la única opinión pública que cuenta es la que se expresa en las urnas con votos. Ésa es la opinión pública que cuenta, lo demás es ruido.

En cambio, lo importante para poder ejercer el derecho a voto y la ciudadanía es formarse una opinión personal fundada. Una opinión que, cuando digo “opinión personal”, no quiero decir que uno tenga que tener una opinión personal contraria a todos los demás, o distinta, o disparatada. No, no, o sea, la opinión personal bien puede ser coincidente con muchas otras personas; de hecho, la mayoría de la gente que tiene opiniones racionales coincide con buena parte de los demás, porque los demás también son racionales. Pero lo importante es haber llegado a formarse uno esa opinión, es decir, a saber por qué crees una cosa, y no qué es, simplemente, lo que crees o dejas de creer.

Los argumentos son lo que cuenta para poder formarte la opinión. La opinión te la formas, evidentemente, a través de la información, con las noticias, pero también con la razón ejercida para coordinar y para buscar la relación entre esas noticias que tienes y el resto de las cosas que conoces del mundo. Por lo tanto, los argumentos son lo importante para tomar las opiniones.

Eso es muy curioso, que cuando la mayoría de las personas..., que a veces, por lo que sea, nos llaman los medios de comunicación para preguntarnos sobre la opinión sobre algo: “Usted, ¿que está a favor o en contra del proceso de paz...?”, no sé qué, lo otro. Y entonces uno dice: “Pues mire usted, pues sí”, o “pues no; no porque...” “Muchas gracias”, y te cuelgan. Uno dice: “¡Pero oiga...!” ¡Lo único que les interesa es si te ponen en la columna de la derecha o en la columna de la izquierda, si eres sectario de unos o sectario de otros: los argumentos que tengas dan igual! Es decir, el hecho de que tú tengas un argumento... Al contrario, el que pretendas dar argumentos es

visto como diciendo: “Hombre, ¡como si no supiéramos que usted será de estos o de otros por algún tipo de vicio personal suyo!, pero no intente eso convertirlo en un discurso argumentado”.

Entonces, los argumentos no sirven en absoluto. Y no digamos si los argumentos te llevan a cambiar en algún momento de opinión: nosotros vivimos en un país, como saben ustedes, en que la gente se enorgullece de ser impersuadible, es decir, de que realmente jamás la persuasión, esa especie de cosa humillante, ha entrado en ellos. Yo toda la vida tengo amigos de mi propecta edad que me dicen: “Yo sigo pensando lo mismo que a los dieciocho años” –señal inequívoca de que ni ahora ni a los dieciocho años ha pensado nunca nada, en todo caso se le metió en la cabeza una idea, como esas moscas que se meten en las botellas que no encuentran la salida y están dando vueltas, y él cree que es una idea pero en realidad es una mosca, lo que tiene en la cabeza-.

La capacidad de modificar las opiniones exige el ser capaz de entender argumentos, y por lo tanto cuando uno cede ante argumentos mejores no solamente no es una humillación sino que es siempre el orgullo de ser racional.

John Maynard Keynes, el gran economista, en una ocasión un periodista muy enfadado le decía: “Bueno, profesor Keynes, pero esto que está usted diciendo es lo contrario de lo que decía usted hace dos años, ¿cómo puede ser que usted ahora sostenga una cosa distinta a la que sostenía usted hace dos años?”. Y le dijo Keynes: “Pues mire, es que lo he mirado de cerca y me he dado cuenta de que estaba equivocado, y yo cuando estoy equivocado cambio de opinión. ¿Usted qué suele hacer en ese caso?”. ¡Es que es lo interesante, claro! ¡O sea, si uno se da cuenta de que se ha equivocado, cambia de opinión! Lo raro es, o no equivocarse nunca o ser incapaz de distinguir entre tener razón o no tenerla.

Pero todo esto no crean que es una forma de carácter, esto es lo que hay que suscitar por medio de la educación. El carácter capaz de persuadir y ser persuadido: esto es para lo que hay que educar. Para este tipo de cosa hay que educar, y hay que educar para alguien que se acerque a la información, primero, distinguiendo, por supuesto, entre hechos y opiniones. Teóricamente, son los mismos medios de comunicación los que deberían distinguir; a todos los periodistas, o a los que hemos ejercido como periodistas mucho tiempo, se nos dice: “hay que distinguir los hechos de las opiniones”. Luego los periodistas no las distinguen, y no hay más que mirar cuando ha ocurrido una noticia de impacto (un atentado, alguna cosa de éstas, de impacto grave) simplemente compren ustedes cuatro periódicos y pongan los titulares de los cuatro periódicos; entonces ya se ve hasta qué punto un hecho indudable está siendo convertido en una opinión.

Ese mismo ejercicio tiene uno que realizarlo, naturalmente, con alumnos, el poder decir: “Aquí, este mismo suceso tiene cuatro titulares diferentes porque hay cuatro opiniones diferentes”, que en vez de verter simplemente el hecho están ya dando el hecho transformado por la opinión, probablemente porque es totalmente imposible intentar transmitir un hecho sin ningún tipo de sesgo, porque cualquier transmisión de un hecho señala que vamos a decir unas cosas y no otras, no podemos contarle todo. A cualquiera de nosotros nos dicen: “mire usted por la ventana y cuénteme qué ve”, y entonces al mirar por la ventana tienes que empezar por algún lado y tienes que dar importancia a unas cosas y no contarle todo, porque es imposible contarle todo. Aunque tu estés describiendo cosas con cierta objetividad, tu propia selección de lo relevante en el momento de contarle ya, en cierta medida, incluye una cierta opinión.

De todas formas hay unos mecanismos, yo creo, de verificación. Es decir, en la información la noción de verdad es esencial. La noción de verdad es esencial, y me parece que en la educación también. Es una teoría contraria a la posmodernidad, que dice que todo son interpretaciones y todas igualmente

válidas, etcétera; pero yo creo que la noción de verdad es fundamental. Sin una noción clara de verdad no puede haber ni educación ni, por supuesto, información fiable.

Si todo se reduce a opiniones, y las opiniones no necesitan estar fundadas, sino que las opiniones son parte de nosotros mismos, o sea, como si fuera la nariz, o las orejas, o algo así... Se dice: “todas las opiniones son respetables”, ésta es una de esas cosas propias del talante de nuestro tiempo que se repiten mucho. “Todas las opiniones son respetables”. ¡Mentira, naturalmente! ¿Cómo van a ser respetables todas las opiniones? En todo caso serán respetables las personas, tengan la opinión que tengan.

Es decir, si una persona piensa que dos y dos son cinco, no puede ser por eso ser torturado, ni encarcelado, ni recomendado a una cátedra de matemáticas..., pero en fin. Ahora, que “dos y dos son cinco” como opinión no es igual de respetable que “dos y dos son cuatro”, eso es evidente. Y todo el progreso humano se basa en que hay opiniones que no han sido respetadas y que han sido sustituidas por otras; si no, estaríamos todavía en el primer árbol subidos, que seguro que había gente que decía: “no bajéis, que es peor, que Dios sabe lo que hay abajo”. Bueno, había que vencer esa opinión, porque si no no nos hubiéramos movido nunca de allí.

Las opiniones están para ser discutidas. Si alguno de ustedes todavía estudió latín, discutere significa “tirar de un árbol para ver si tiene raíces o no”. Discutir las opiniones es ver si están enraizadas en la realidad; eso es fundamental.

Claro que naturalmente la verdad no tiene por qué ser absoluta para ser verdad; tampoco hay una izquierda o una derecha absolutas en el universo topográfico, no hay una derecha o una izquierda en el cosmos. Pero no quita que, mirando en cierta dirección y con determinado objeto, puede estar a la

derecha o a la izquierda de otro, y esto es verdad que es así, y la verdad es que en un campo determinado hay cosas que son más ciertas que otras que tienen una adecuación a la realidad mayor que otras. Y eso es esencial de defender y de transmitir, yo creo, por vía de la educación y de la información. Ahí coinciden.

O sea, el aprecio por la verdad, con luego las interpretaciones que se quieran, o con las posibilidades que encierra la verdad, o las alternativas, pero el conocer la verdad yo creo que es una de las funciones esenciales del educador. De ahí que el educador... -no solamente quiero decir el maestro, sino el padre, madre, lo que sea-, el educador no puede siempre caer simpático. Es decir, uno de los males de la educación moderna es que todos queremos ser simpáticos, como los locutores de televisión, que con una sonrisa anuncian una catástrofe espantosa que ha ocurrido de un tren que se ha caído en la India. No se puede ser simpático, porque toda educación encierra frustración. Toda educación encierra frustración.

Es decir, de las infinitas expectativas que puede tener alguien, un niño, un adolescente, que tiene un mundo de espontaneidad y de infinitas expectativas, -no todas ellas buenas-, la educación es frustrar una serie de ellas y fomentar otras, porque éstas son las que consideramos importantes, buenas, socialmente aceptables. Por lo tanto, los educadores, en una buena cantidad de casos, caemos antipáticos a los educados, porque les representamos una realidad que ellos no pueden manejar. Todos hubiéramos querido ser los primeros en nacer y que con nosotros hubiera nacido el universo, y que en torno nuestro se hubiera configurado todo, pero no es así: los educadores tenemos que decir que ya existe una tradición, que ya existe un pasado.

Es decir, todo lo que crece, crece apoyándose en algo, como la hiedra, que crece apoyándose en algo. Eso, en lo que tienen que apoyarse -y ofrecer

resistencia para ayudar a crecer-, somos los educadores: los educadores somos aquello que tiene que ofrecer resistencia a los educados, no simplemente que tiene que ser un coleguilla o un amiguete.

Y esto es particularmente importante en el terreno del mundo de la información, porque hay que enseñar a que todas las opiniones no valen igual, hay que contrastar, hay que enseñar a contrastar las opiniones -lo perfecto sería que las personas se leyeran diez o doce periódicos y vieran muchas cadenas de televisión-. Hay que aprender a buscarse la información por uno mismo.

Yo me acuerdo, por ejemplo, en la época cuando hubo el referéndum sobre la Constitución europea, la cantidad de gente que salía diciendo que no había votado “porque los políticos no nos lo han explicado”, “los políticos no nos han explicado bien”. Eso lo repetía la gente, y en la radio le daban la razón: “diga usted que sí, que es que hay que ver...” En vez de decir: (...) “Usted se ha enterado de las alineaciones del mundial de fútbol sin que nadie se las diga, y lo sabe usted desde un mes antes porque eso sí que busca usted la información”.

De modo que en una sociedad hiperinformada como la nuestra, donde cualquiera tiene acceso a medios asombrosos de comunicación, de información, ¿un ciudadano europeo que tiene la suerte de vivir en una de las zonas más desarrolladas y más favorecidas del mundo no puede molestarse en buscar información sobre la Constitución, sobre lo que va a ser Europa, y encima quiere que le compadezcamos y que le echemos la culpa a otro? A mí me pareció un espectáculo verdaderamente vergonzoso, y sin embargo eso se contaba como normal. Se daba por hecho que la gente no puede molestarse en enterarse, en informarse, de cosas que le van...

Entonces, ¿qué vamos a pedir al que vive en Namibia? Quiero decir, la gente que están soñando con tener las posibilidades que tenemos nosotros, y nosotros simplemente por pereza o por lo que sea no las vamos a utilizar. Muchas veces cuando se dice: “Bueno, pero eso de la ciudadanía ¿qué es?”, “¿eso de la ciudadanía es un...?”. ¿Qué es la ciudadanía? Preguntádselo a los inmigrantes que vienen a los países europeos. ¡Esos sí que saben lo que es la ciudadanía!, es lo que ellos buscan. No quieren caridad, ni siquiera quieren simplemente trabajo: quieren ciudadanía, es decir, garantías. Quieren vivir en un estado con garantías: con garantías de que van a poder criar a sus hijos, de que van a tener educación, de que van a tener protección, de que van a poder invertir hacia el futuro, etcétera. ¡Buscan ciudadanía!

Entonces, que les pregunten a los inmigrantes qué es la ciudadanía, porque ellos lo saben, porque no la disfrutan y porque están luchando por tenerla; mientras que en cambio los que la tienen no saben qué hacer con ella, se aburren, no la ejercen, etcétera.

Otro de los problemas graves, yo creo, en nuestro tiempo, es la corrupción de las palabras. Es decir, es todo eso que se dice de “una imagen vale más que mil palabras”. Bueno, una imagen no solamente no vale más que mil palabras, sino que no vale probablemente como una palabra, porque las imágenes, en el fondo, salvo que vayan acompañadas de palabras no significan nada. Acuérdense ustedes de aquel célebre pato mareado cubierto de petróleo que salió por allí, que todo el mundo lo tomaba como un gran ejemplo de la Guerra del Golfo, cuando era un pato que se había estado metiendo en petróleo pero en Alabama, o en no sé dónde.

Quiero decir: las imágenes no quieren decir nada si no están acompañadas de unos comentarios, y esos comentarios son los que deciden si el muerto es un muerto por una bomba, es un muerto por un tiro, estaba corriendo, estaba sentado, es de un grupo, de otro, etcétera. Todos los

comentarios son los que cuentan, o sea, que las palabras son insustituibles. La idea de que las palabras se pueden omitir, de que podemos informar sin palabras, educar sin palabras, con cubitos de colores, este tipo de cosas que también la educación moderna dice: a los niños se les enseña a leer a los doce años, pero eso sí, desde los tres están jugando con unos cubos de colores para tener una concepción espacial. Entonces, claro, salen tan tontos como los pedagogos que han inventado eso mismo, al final reproducen la misma majadería del pedagogo al que se le ha ocurrido esa idea.

Las palabras son esenciales, y saber manejarlas, y luchar por su sentido. Ahora estamos viendo la corrupción manifiesta de expresiones como “paz”, como “diálogo”, que ya tienes que taparte la nariz cada vez que la oyes, y que las maneja la gente sin tener ni idea, de las maneras más contradictorias. Los políticos, naturalmente, lo utilizan para que la gente oiga una palabra que suena bien. Es decir, hay palabras que suenan... Como decía Valery, “hay palabras que cantan más que dicen”; hay palabras como “libertad”, “diálogo”, “amor”, “pajarito”, la música de Mozart, no sé qué, que todo eso te pones a flotar inmediatamente que lo oyes sin saber lo que te están diciendo, sin ninguna relación con la realidad.

El análisis, enseñar a desmenuzar un poco los mensajes y a interpretar los mensajes, sobre todo las palabras que se utilizan, eso es, me parece, otro de los elementos fundamentales en cualquier educación. Todo eso, como ven ustedes, es complicado de articular, porque los medios de información, la forma en que nos llegan las noticias, que nosotros procesamos y argumentamos, es un material difícil de manejar.

Sobre todo porque la información nos llega en un estado de enorme fragmentación, como el mundo está cada vez más fragmentado. Porque es más complejo también, pero llega muy fragmentado. Y la educación tiene que

ser armar un poco el puzle, es decir, aprender a armar el puzle, relacionar unas cosas con otras.

O sea, lo más difícil... Y eso, todos los que tratamos con alumnos, cuando dicen: “No, los alumnos saben más ahora que antes”. Bueno, el problema es la dificultad para la abstracción que tiene la mayor cantidad de la gente; la abstracción es simplemente relacionar lo anecdótico, lo individual, con lo general. Buscar lo que era el juicio según Kant: la adscripción de lo individual, o de lo particular, en lo general. Relacionar lo fragmentado en una cierta visión de conjunto de las cosas. Eso es lo más difícil de todo: lograr crear un cierto marco, una cierta visión de conjunto, unas pistas de cómo conectar unas cosas con otras. Ésa es una de las cosas esenciales, yo creo, de cualquier educación, en cualquier campo, pero también en la educación relacionada con los medios de comunicación y con la ciudadanía.

En fin, ya ven ustedes, son algunas de las cosas. Yo simplemente quería darles impresión de lo abrumador de la tarea, porque verdaderamente es una tarea grande. No hay que esperar, insisto, yo creo, que desde el primer día vayamos a tener todas las claves, pero éstas son las preocupaciones que hay que ir introduciendo, esas cosas de alguna manera hay que saber que hay que plantearse. Que la educación para la ciudadanía yo creo que tiene que estar lógicamente conectada con asignaturas como Ética, como Filosofía, etcétera, que configuren de alguna manera ese criterio global, o más o menos global, en cada uno de los alumnos.

Pero bueno, éstas son las tareas que tenemos por delante, supongo que en este seminario se va a hablar más en concreto de algunos aspectos más determinados de los medios de comunicación y ahí tendrán ustedes ocasión, quizá, de precisar más. Yo, por el momento, esto es lo que quería decir. Si les interesa a ustedes que comentemos, o que discutamos, encantado de

escuchar sus preguntas, sus objeciones, sus comentarios, y en cualquier caso muchas gracias por su atención.

Zaragoza, 25 de enero de 2007.